

MUERTE

CARACOL

Por AVE AURA

Quinta entrega de siete

Carlos Sobera levanta la cara y ve a través de la ventana que da al cubo del edificio. Aún hay sol de la tarde, pero la vecina de enfrente ha encendido la luz de su cocina. Encerrada entre sus cuatro paredes, se cree dueña de su intimidad, pero la verdad es que apenas un par de metros, unas paredes, los vidrios, la protegen, y así nadie puede estar a salvo.

Carlos Sobera ve cómo doña Matilde calienta leche en un pocillo, la sirve y se sienta a la mesa. Deshace una concha con las manos y la introduce en la taza, después con una cuchara come bocados de pan remojado, que deglute sin masticar. La mujer eleva la vista y observa unos segundos hacia la cocina de Carlos Sobera, él se siente descubierto y baja la mirada hacia el libro, instantes después se atreve a voltear y ve que la anciana sigue su rutina, con la desfachatez de saberse sin testigos. Tanto tiempo hace que la observa y aún no se ha acostumbrado a que la vieja no puede ver más allá de su nariz.

La mujer vive sola, una de sus hijas le trae provisiones una vez a la semana, los sábados. Llega como a las doce del día y se va con la ropa sucia a más tardar a la una, fuera de ese tiempo la vieja permanece sola. Más o menos cada dos meses, viene la otra hija, con su marido y sus dos niños, y se la lleva por dos o tres días.

Cuando Carlos Sobera se va a trabajar, doña Matilde no se ha levantado aún, el silencio absoluto del departamento de la anciana se lo indica. En los días de descanso Carlos Sobera ha comprobado que la mujer permanece con la radio o la televisión encendidas todo el tiempo y a volumen muy alto. Ella no se baña más que una vez a la semana, el domingo al medio día. Sale en camisón a encender el calentador y no lo apaga hasta el día siguiente por la mañana. Fue un lunes así cuando Carlos Sobera la esperó tras la puerta con un bat escondido bajo su abrigo.

Cada vez que Carlos Sobera la ve, piensa en su tía Leonor, a pesar de que no se parecen físicamente: ésta es de carnes generosas, la otra enjuta. Él cree que comparten la vejez y también la amargura.

En casa de Carlos Sobera, vivían sus dos tías abuelas, eran unas ancianas permanentemente enlutadas, que dedicaban sus mañanas a visitar la iglesia y sus tardes a rezar el rosario y a escuchar radionovelas. La tía Sofi era dulce, como el arroz con leche que preparaba. A veces se sentaba a su sobrino en el regazo y le contaba cuentos de aparecidos.

En cambio, la tía Leonor era fría, regañona, le tenía terminantemente prohibido a Carlos Sobera entrar en la recámara que ella compartía con la tía Sofi y mucho más acercarse al altar donde veneraban a sus santos o al ropero donde guardaba algunos centenarios. Su mirada era dura y con el bastón alejaba al muchacho cada vez que éste amenazaba con acercársele. Leonor olía a Aires del tiempo y penicilina.

Una tarde, cuando Carlos Sobera regresó de la secundaria, se encontró con que ese día los rezos tendrían dedicatoria especial:

—La tía se murió —le dijo su mamá que ahora también vestía de negro—. Tienes que estar muy serio y ayudarnos a rezar por el descanso de su alma.

Qué gusto sintió Carlos Sobera, nunca más iba a ver a esa sombra de dedos artríticos recriminándole cada una de sus faltas. La vieja por fin lo había dejado en paz.

Carlos Sobera se sentó en una de las sillas. Observaba a su alrededor, había personas que él jamás había visto: una mujer flaca con velo, ese hombre pálido de vientre redondeado, aquella niña con zapatos de suela de hule. Los dolientes hablaban en voz baja, le soplaban al humo que emanaba de sus tazas antes de dar pequeños

sorbos de café, fumaban. A veces, de un rincón donde había un grupo formado por tres hombres y dos mujeres, brotaban carcajadas que resquebrajaban el silencio.

El féretro estaba rodeado por velas gordas. Una mujer de falda larga empezó a rezar, entre sus dedos tenía un rosario de madera. Los demás repetían con susurros lo dicho por ella.

A pesar de que aún era de día, el cuarto estaba en penumbra. Las sombras eran suaves, apenas alimentadas por las llamas de las velas. Carlos Sobera se entretenía en observar el transcurrir del polvo en la luz proyectada por un cirio, veía que algunas basurillas hacían viajes insólitos, espaciales, hasta desaparecer en la negrura.

Cuando se aburrió, Carlos Sobera se levantó de la silla y se acercó a una ventana, recorrió la cortina pesada y escuchó un siseo, una mosca verde insistía en salir atravesando el cristal, su zumbido era penetrante. Carlos Sobera sintió que el ruido se le metía en el cráneo, sacudió la cabeza, pero el sonido seguía ahí, tratando de salir de su cabeza y chocaba una y otra vez contra la parte interior de su frente. Prefirió alejarse de la ventana y se arrimó al ataúd, a pesar de la distancia seguía escuchando el siseo del insecto, cada vez más fuerte. Carlos Sobera imaginó moscas rondando el cadáver de la tía, giró y cuando estaba a punto de asomarse dentro de la caja, se sobresaltó al sentir unos dedos huesudos en su hombro:

—Quítate, chamaco. No te recargues ahí. Habráse visto semejante falta de respeto.

Carlos Sobera no lo podía creer. De pie, junto a él, con sus falanges hiriéndole la piel, estaba Leonor, viva y pedante como siempre. Carlos Sobera se desprendió de la vieja y miró dentro del cajón para comprobar lo que ya sabía: era Sofi la que descansaba entre satines, su rostro estaba maquillado con chapas estridentes y los ojos coloreados con un azul absurdo.

Carlos Sobera salió de la habitación pensando en que no podía hacer nada para revivir a Sofi, pero sí para que Leonor dejara de molestar en este mundo. Pasó las siguientes semanas fantaseando la forma de asesinarla. La imaginó tirada al fondo de la escalera, con espuma en la boca y dolores en el vientre. Detalló por escrito y con dibujos cada una de las muertes que se le ocurrían para la tía, indagó en la biblioteca de la secundaria sobre venenos, huellas dactilares y crímenes famosos.

Esa obsesión le hizo la vida más llevadera, incluso acostumbraba sonreír cada vez que durante la comida sus ojos se topaban con los de la anciana; a veces, la besaba en la mejilla y aspiraba profundo para retener su aroma; le leía versículos de la Biblia poniendo énfasis en las palabras que le parecían siniestras; por las tardes, le pedía que le hablara sobre su pasado y, como quien no quiere la cosa, en cómo le gustaría morir. Parecía que la vieja había empezado a quererlo, porque ya no evitaba su presencia y en algunas ocasiones hasta le acariciaba la cabeza.

Fueron pasando meses en esa rutina, hasta que Leonor acabó muriendo una tarde de otoño mientras dormía.

Ahora, Doña Matilde ha terminado su merienda, lleva sus trastes hasta el fregadero, los lava con parsimonia. Coloca la taza, la cucharra y después el plato, en el escurridor. Se seca las manos con una toalla y camina lento hasta apagar la luz. Ya es de noche. La imagen desaparece para Carlos Sobera como una película que se ha acabado. No le queda más que seguir con la lectura de *El asesino del caracol*.

Nos llaman para levantar un cuerpo. Que llevemos pala, nos dicen. Es una broma común para cuando, por un aparatoso accidente de tránsito, los cuerpos quedan destrozados, embarrados en el pavimento.

—¿Con pala, en un interior?, pues, ¿qué le pasó? —me pregunta Ordóñez.

—Al parecer querían hacerla albóndigas.

Vamos tres en la fúnebre: Ordóñez, Pérez y yo. Ya hay curiosos fuera del edificio, los patrulleros han impedido el paso.

Acordonamos el área, después Pérez comienza a elaborar el acta: fecha, dirección. Ordóñez toma un par de fotografías del exterior y subimos juntos a la escena. En las escaleras nos encontramos con una reportera del diario Metrópolis. La maldita tiene buenos contactos, es común que nos robe la primicia y tenga incluso mejores fotografías que nosotros. Sólo lo consentimos porque en más de una ocasión nos ha pasado datos de testigos o imágenes que nos han salvado el pellejo; además, debo admitirlo, tiene ética y jamás altera nada. Digamos que la dejamos hacer su trabajo y ella, cuando lo necesitamos, nos ayuda con el nuestro.

Es en el tercer piso. La puerta está abierta. Desde afuera se observa el cadáver descuartizado de una mujer, la cabeza está separada del cuerpo. Lo primero que pienso es en cómo le va a hacer Pérez para recoger toda esa carne. Por entre los tablones se ha escurrido la sangre. No sería extraño que dentro de un rato el techo del departamento de abajo comenzara a gotear.

Un silbidito aspirado de Ordóñez me hace saber que no soy el único sorprendido, tantos años en esto y su ojo derecho aún no lo ha visto todo.

Ordóñez me agrada, es tuerto desde niño y nunca ha usado parche. ¿Por qué habría de usarlo si a las chicas les encanta que les guiñes un ojo?, acostumbra decir. Es un tipo que sabe reírse de su desgracia y por eso me agrada. El día que lo conocí me dijo: ¿Qué más podía ser que fotógrafo? El destino me ahorró el trabajo de cerrar un ojo cada vez que miro a través del visor.

Aquel día, en el que lo conocí, era mi primer trabajo de campo, debía hacer un recorrido por todas las especialidades y me tocaba empezar con fotografía. En el aula me habían dicho que ante un crimen con cada minuto que pasaba la verdad se iba desvaneciendo. Por fin me habían desamarrado y me urgía empezar a trabajar. Me mandaron con él, ya veterano, para que me coucheara. Íbamos solos, no se requería de mucha investigación, era un asunto simple, un accidente doméstico.

Me dijo que nos fuéramos en mi coche, no íbamos a esperar a la fúnebre. Apenas se subió, echó el respaldo hacia atrás y se dedicó a roncar, ni siquiera me dejaba escuchar el radio de intercomunicación de la guardia.

Cada que podía, volteaba a verlo, su ojo abierto y opaco me causaba desazón. Era como si Ordóñez tuviera la capacidad de vigilarme aunque estuviera profundamente dormido. También tenía la boca abierta. Tuve que sacudirlo varias veces para que despertara.

—Ve tú solo, deja echarme otro coyotito —me extendió su cámara—. Estoy muerto.

Su sonrisa, que dejaba ver la encía superior, se me quedó fija en la mente como un rechinido.

Tendría que hacer yo solo toda la faena. Le valían un carajo las víctimas y la justicia. Qué pronto se estaba cayendo la jornada ideal que había imaginado para mi primer día de práctica. Tenía toda

la teoría, pero en el Instituto no me habían preparado para tratar con la mediocridad.

No importaba, podía hacerlo solo. Subí hasta el departamento. Los paramédicos estaban por irse, me contaron que la mujer del aseo había encontrado a su patrona, ya bien tiesa, así me lo dijeron, en el piso del balcón. Creían que se había caído al querer colgar unas pantaletas en el enrejado, se había golpeado la cabeza y había pasado toda la noche invernal ahí tirada.

Entré a la escena. La mujer yacía en el piso en posición decúbito dorsal, su camisón se levantaba impúdico y dejaba ver un vientre del color del pavo crudo. A pesar de la sentencia máxima de nunca alterar la escena, jalé la punta de su camisón para taparla, pensé que podría ser mi madre.

Empecé a tomar fotos, cubrí todos los ángulos, me esforzaba en corroborar la velocidad del obturador, la apertura del diafragma, en cada toma ajustaba el foco con dedicación. Hice tomas de unas pantaletas negras con un ribete de encaje y de unas medias de licra gruesa que estaban en el piso junto a la mujer. Me imaginé al cadáver vestido con esas dos únicas prendas y sacudí la cabeza para ahuyentar ese pensamiento.

Una vez que terminé con el área del balcón, puse a cargar el flash, esperé a que el foquito indicara que estaba listo y seguí en el interior. Primero generales de las habitaciones, después los pormenores, ésa siempre es la forma de trabajar, de lo general a lo particular, de lo particular al gran detalle.

La tetera sobre una hornilla, las medicinas de la mujer en el buró, su dentadura postiza, una colección de cajitas de madera, tal vez, nada de esto tendría importancia, pero no quería arriesgarme a perder algún indicio en mi primer caso. Todo lo que estaba en ese departamento inexorablemente se iba a corromper. Las fotografías que

yo tomara tendrían la capacidad de congelar la verdad. En ese momento caí en la cuenta de que llevaba ya demasiadas cargas, seguro más de 36, ¿por qué no se había acabado el rollo? Observé el contador: 7. Seguramente no servía, jalé la palanca, 8; volví a cargar, 9. Escuché una carcajada detrás de mí. Ahí estaba Ordóñez con el cartucho de película en la mano. Abrí la cámara y el compartimiento estaba vacío.

—Bienvenido a la Procu, Fernández —dijo Ordóñez y me arrebató su cámara.

Entonces, empezó a trabajar. Se movía por la escena como el viejo zorro que es. Una toma tras otra, su cámara lo obedecía, yo imaginaba los encuadres a través de su lente y se me antojaban incluso artísticos. La muerte elevada a arte, pensé.

—Ya está —no tardó más de siete minutos en terminar lo que yo había hecho en casi una hora—. Vamos, te invito a desayunar. Ya llegó la fúnebre y ellos van a levantar el cuerpo.

Durante el desayuno me platicó sobre el accidente que lo había dejado tuerto, de cómo había empezado a ser fotógrafo para conquistar a una chica y perito para mantener a otra, y además me dio varios consejos para mi vida profesional. Es un buen tipo.

Un buen tipo que ahora parece, ante el cadáver de la chica descuartizada, un turista japonés. Regodea su lente en cada detalle. No todos los días vemos tanta saña y el canijo la está disfrutando.

En cambio, Pérez, el criminalista, es lo que se dice todo un caballero, pulcro, discreto, incapaz de hacer un chiste negro. Respeta al cadáver como ninguno de nosotros. Si no nos reímos, nos volvemos locos, le he dicho; pero él no comparte nuestras bromas, aunque tampoco nos critica. Simplemente nos ignora. Cada vez que lo veo entrar a la escena del crimen, pienso en Elliot Ness, el de Los Intocables. Yo tenía un tío así, usaba bombín, leontina y reloj de

oro con cadena. A Pérez nunca lo he visto con tales accesorios, pero no me extrañaría nada que algún día los empezara a portar. Ahora Pérez observa el cadáver en silencio, me parece que enumera las partes en que éste fue destazado.

El caso requiere del apoyo de otros colegas. Me comunico a la jefatura para solicitarlos. Tendremos que dividir la escena en zonas de investigación, elaborar un croquis antes de levantar las muestras, marcar el norte en cada fotografía. Debemos preservar toda evidencia.

Mi trabajo consiste en buscar y recolectar huellas dactilares, siempre lo hago de afuera hacia adentro: los crímenes se resuelven en las chapas. Si encuentro huellas en el picaporte, sé que lo demás es pura rutina.

En eso pienso, cuando Pérez exclama con una vehemencia poco habitual en él:

—Miren —su dedo índice enguantado señala un frasco de vidrio, en la pared interior se encuentra adherido un caracol.

—El asesino del caracol —murmuro y enseguida me doy cuenta de que alguien nos observa desde la puerta. Es la reportera de Metrópolis.

Hace algunos meses, Carlos Sobera ya sabía que doña Matilde le recordaba a la tía Leonor, pero también a alguien más, pensó y pensó y lo supo, claro, a la usurera de *Crimen y Castigo*. Buscó su ejemplar y leyó con detenimiento la parte del asesinato. Se maravilló con la descripción de sentimientos de Raskólnikof, cómo los hechos, fortuitos o planeados, lo van llevando hasta el momento en que descarga el hacha sobre la coronilla de la mujer, pero lo que le dio escalofríos fue la frase: "A pesar de la lucha angustiosa que se

libraba en su interior, jamás pudo creer por un solo instante que sus proyectos llegarían a ser puestos en práctica". Raskólnikof creía que todo era fantasía, dudaba de que en algún momento cometería realmente el crimen, pensó Carlos Sobera y sintió miedo.

Decidió entonces enfrentarse consigo mismo. Planeó su propio ensayo para el lunes siguiente, cuando doña Matilde saliera a apagar el calentador. Descartó el domingo, pues siempre podría haber gente por ahí. Desde el viernes avisó en el hospital que faltaría el primer día de la semana siguiente. El sábado consiguió el abrigo, se lo pidió prestado a un amigo, le dijo que tenía una boda en la noche y que necesitaba algo para cubrirse. Pensó en comprar un hacha, pero recordó que tenía un bat de madera y consideró que, como el objetivo era golpear en la cabeza a la vieja, con eso sería suficiente. Cosió una tira de tela, con nudo corredizo, para detener el arma dentro de la prenda de vestir, tal y como lo hizo Raskólnikof, y dejó todo listo sobre el sillón de su sala.

El día elegido despertó temprano, se bañó y desayunó ligero. Anotó en su libreta todo lo que hizo y pensó desde el momento en que decidió que era hora de vivir esta experiencia. Desde las nueve de la mañana, entreabrió la puerta de su departamento, y se apostó ahí, donde pudiera atisbar con facilidad cuando la puerta de la vieja se empezara a abrir. Con una mano acariciaba de vez en cuando el bat que ocultaba bajo el abrigo. Sabía que los pasos de la vieja eran tan lentos que le daría tiempo de salir, de comprobar que no hubiera testigos y de llegar hasta ella justo cuando diera la vuelta para regresar a su casa. ¿Prefería golpearla por la espalda o verla a los ojos? Eso ya lo decidiría en el momento.

Espero cincuenta y tres minutos a que la puerta se abriera. Estuvo de pie, pero no se sentía cansado. Su respiración era tranquila, se sorprendió pues pensó que la espera sería angustiante, tanto que hasta consideró que los nervios acumulados le podrían echar

a perder el plan. Pero no, estaba relajado e incluso por momentos su pensamiento fue a lugares que nada tenían que ver con la tensión que se suponía debería estar sintiendo. Que si el conserje no había limpiado entre las macetas, que a dónde iría a comer esa tarde.

Se entreabrió la puerta, doña Matilde apareció y unos segundos después se escucharon unos tacones contra las losetas y una voz de niño. Madre e hijo se acercaban y Carlos Sobera se preguntó por qué había decidido con tanta seguridad que a esa hora no habría personas en ese lugar.

Doña Matilde salió rumbo al calentador, caminaba despacio, pero con rumbo fijo. Venía en camisón y con pantuflas, el pelo cubierto con una mascada de flores. Los tacones cada vez más cerca. La vieja estaba ya a dos pasos del calentador, cuando la mujer y el niño se aparecieron en el campo de visión de Carlos Sobera. Saludaron a la anciana y siguieron su camino hacia el piso inferior. Entonces sí el corazón de Carlos Sobera estaba acelerado, tanto que se le dificultaba la respiración, pero se trataba de controlar, pues no quería que la vieja alcanzara a escuchar sus jadeos. Sudaba. No fue buena opción el abrigo, pensó, debí haber conseguido una gabardina ligera.

Esperó un poco más, sólo hasta que los tacones se perdieran en el silencio, pero sentía que la vieja se le iba, ella ya había girado la perilla del calentador, se había dado la vuelta e iba de regreso a su departamento. Ahora o nunca, dijo y Carlos Sabera salió, dio cinco zancadas y llegó hasta la mujer en menos de tres segundos. La rodeó con el brazo derecho, le pareció tan pequeña, como si de repente se hubiera encogido. Sintió el temblor de la mujer ante lo sorpresivo del abrazo, observó el girar de su cabeza y miró los ojillos aterrados. Con la otra mano, asía el bat.

-Buenos días, ¿le puedo ayudar en algo? -le preguntó, aún

agitado, a la anciana.

-Por supuesto que no -le contestó ella y jaló su hombro para deshacerse de ese abrazo incómodo.

Carlos Sobera permaneció inmóvil, viendo cómo la mujer entraba en su casa, cerraba la puerta tras de ella y además pudo escuchar cómo ésta accionaba cerrojo, tras cerrojo. Entonces, él se supo muy lejano de Raskólnikof, pero de forma extraña cercano a Dostoievsky. Los sentimientos, la emoción que había descrito el escritor en la novela eran reales, intensos, perfectos.

Ese día Carlos Sobera comprobó lo que en el fondo ya sabía, que él jamás sería capaz de cometer un asesinato, pero entonces por qué no podía dejar esas fantasías. Pensar en muertes violentas le traía tranquilidad, con solo imaginar vengarse de alguien conseguía diluir por un tiempo el odio que sentía. Tal como le pasó con la tía Leonor.

Fue después de la muerte de ella que nació su afición por las novelas negras, los almanaques de crímenes famosos, las recopilaciones de la nota roja. Sus historias imaginarias se fueron haciendo más complejas, nutridas por la exploración de mentes oscuras, de los casos más violentos. Su interés era morboso, placentero. Se asustó la primera vez que se descubrió excitado ante las descripciones de un crimen, pero a partir de ese día la revista Alarido fue en varias ocasiones la fuente de inspiración para sus masturbaciones adolescentes. Aunque una vez que llegaba al clímax, cuando se arropaba bajo las cobijas, no podía dejar de preguntarse si ¿era ésa la comprobación de que estaba enfermo, de que tenía algún desorden mental?

Por más que buscaba dentro de sí y en su historia familiar las causas de esos deseos no encontraba nada, que si el asesino tal había sido maltratado durante su infancia, que si aquél abusado

sexualmente, que el otro había tenido una madre dominante o una hija con deformaciones. Nada, si de algo podía acusar a su familia era de ser increíblemente anodina, ningún secreto o complot, nada de pacientes psiquiátricos o criminales. Todas las historias que había conocido en su familia eran simplemente aburridas: nacer, trabajar, reproducirse y morir, quizás algún chisme, una pelea entre hermanos, un matrimonio por interés, pero nada más.